

TRANSKRYPCJA NAGRAŃ

Tarea 1.

Hablante A

Por las noches prefiero quedarme en casa y evito salir de fiesta. Esta es la razón por la cual algunos dicen que mi vida gira únicamente en torno a los asuntos laborales. Añaden que por mi edad debo salir más frecuentemente, ir a clubes o reuniones bailables. También aseguran que me volveré loca y me quedaré sola toda la vida si sigo así. Eso requiere una aclaración. Yo no veo relación alguna entre ser hogareña, que evidentemente lo soy, y la adicción al trabajo. Además, hay miles de personas en el mundo como yo, reacias a salir, y no todas se han quedado solas para siempre. ¿No es así? Seguramente habrá quien me entienda y se pregunte lo mismo que yo: ¿por qué no salir de noche o no asistir a fiestas ha de significar que me quedaré sola para el resto de mis días?

adaptado de www.ellassaben.com

Hablante B

Si no sales de casa, sueles hacerlo por una comodidad que yo llamaría perjudicial. ¿Para qué reunirse? Crees que eres feliz solo, leyendo *manga* y siguiendo *Facebook* desde el cómodo sillón de tu cuarto. No comprendes que lo que tienes lo puedes perder en cuestión de años, meses, semanas o días. Los amigos que tienes tal vez no consigas conservarlos para siempre si no te apetece dedicarles tiempo. Tampoco tu cuerpo va a mantenerse sano con una vida sedentaria. Un día descubres que ya no disfrutas de las aficiones de hasta ahora, te das cuenta de que no aprovechaste el tiempo. Ves que tienes que encontrar motivaciones que te fuercen a salir y no estancarte. Sé muy bien lo que digo porque soy víctima de ese falso bienestar hogareño. Ahora intento recuperar el tiempo y las amistades perdidas yendo a fiestas y reuniones siempre que puedo.

adaptado de www.3djuegos.com

Hablante C

No lo puedo evitar: me molestan las fiestas. Apenas me dicen que habrá una, comienzo a angustiarme. Cuanto más formal sea, peor. Empiezo a preguntarme qué ponerme, dónde será y cómo llegaré y, una vez ahí, ¿qué voy a hacer? No bebo, no fumo, no bailo, no hablo. Es mi estilo de vida. No necesito relaciones sociales. Así que, ¿para qué ir a una fiesta si voy, pero no estoy? Siento que el ser humano no debería juntarse tanto y por tanto tiempo. Es inútil. El resto de los animales lo hace solo para cazar o para reproducirse. Y el hombre tiene la necesidad de salir y de encontrarse por el único gusto de estar acompañado y compartir. Se comparten las alegrías y las penas, los sentimientos y las ideas, con amigos y con desconocidos. Solo me pregunto ¿por qué, si compartir parece tan humano, a mí me angustia tanto?

adaptado de mividabipolar.blogspot.com

Tarea 2.

Texto 1

La invención de la bicicleta está relacionada con la erupción del volcán Tambora, en 1815, que trastocó el clima, estropeó cosechas y causó tanta hambre que hubo que matar a los caballos para comer y sobrevivir. Dos años más tarde el clima se serenó, pero la crisis se quedó. Justo entonces, en junio de 1817, el barón Karl von Drais dio en la ciudad de Mannheim, en Alemania, la primera vuelta montando en el vehículo que acababa de inventar en su búsqueda de un sustituto para el caballo. Recorrió doce kilómetros en una hora. Su máquina andante contaba con un marco de madera y dos ruedas de hierro y podía rodar solo por un camino empedrado. El conductor se empujaba con los pies.

A ese primitivo vehículo lo bautizaron “draisiana” y años más tarde, “velocípedo”. Era una genialidad de la dinámica. A su creador lo convirtió, sin embargo, en objeto de burlas. Drais era un personaje peculiar. Pertenecía a la aristocracia, podía permitirse vivir sin trabajar. Pero iba contra la corriente: se declaró partidario de abolir los fueros aristocráticos en favor de unos principios más democráticos. Renunció deliberadamente a su título y se dedicó a la invención. El original inventor se adelantó a su tiempo. No obstante, murió empobrecido y sin reconocimiento a mediados del siglo XIX.

Hasta el año 1880, los nobles y los burgueses acomodados utilizaban el velocípedo como objeto de ocio; no era raro que usaran ese nuevo juguete en espacios reservados porque era peligroso: contaba con una poco efectiva palanca de madera como freno y se embalaba cuesta abajo. Hubo que esperar unas décadas a que los fabricantes de carruajes franceses lanzaran una versión con los pedales sujetos a la rueda delantera. Luego, para conseguir grandes velocidades, que a cualquier precio querían alcanzar los ciclistas, los constructores optaron por ampliar las ruedas motrices de las bicicletas, que crecieron hasta tal punto que subirse y bajarse de una bici se convirtió en un ejercicio de acrobacia. Como consecuencia, las pérdidas de equilibrio provocaron lesiones graves e incluso la muerte de algunos ciclistas.

La década de 1880 trajo innovaciones decisivas. Apareció la bicicleta baja. Las dos ruedas eran casi del mismo tamaño y los pedales, unidos a una cadena de transmisión, movían la rueda de atrás. Otra gran novedad fue la rueda con neumático inflable para amortiguar el impacto del suelo. La bicicleta baja, tanto por su seguridad como por un precio asequible, se extendió rápidamente por todo el mundo industrializado.

Las dos guerras mundiales y las penurias derivadas de ellas fueron muy provechosas para el mercado ciclista. Pero ese primer gran *boom* no duró mucho tiempo. Pronto las motos y los coches se convirtieron en los principales medios de transporte. En los años sesenta, la bicicleta estaba muerta. Hizo falta un nuevo periodo de tragedias globales para que la gente se acordara de ellas. La crisis del petróleo, que provocó gran escasez de gasolina y un fuerte incremento de su precio, hizo que las miradas se volvieran otra vez hacia ese medio de transporte barato. Además, la creciente preocupación por la contaminación y el medioambiente impulsaron la nueva vida de la bicicleta.

adaptado de xlsemanal.es

Texto 2

Hablamos con el profesor Bromage sobre los resultados de sus investigaciones acerca de la cara humana.

¿Cuándo podemos hablar de la aparición de la cara moderna, la nuestra?

La cara humana moderna tiene entre 35.000 y 25.000 años, pero las modificaciones comenzaron hace unos 100.000 años. Es curioso, porque puedes ver algunos de esos rasgos humanos en homínidos tempranos y no en otros más tardíos, como los neandertales.

¿Cuál es la característica más distintiva de la cara humana?

Nuestra cara ha crecido debajo del cerebro en sentido vertical en vez de por delante. Podemos estudiar esa evidencia en los fósiles, que no faltan.

¿Entonces el desarrollo del cerebro es lo que da forma a la cara?

El tamaño del cerebro está inversamente relacionado con el tamaño de la cara. Cerebro más grande, cara más pequeña. Ambas cosas están unidas y nadie sabe la razón de este fenómeno. Algunos creen que es por una cuestión mecánica, para organizar la masa de la cabeza de forma eficiente.

¿Por qué tenemos la cara que tenemos?

La cara incorpora la mayoría de los sentidos del cuerpo: la vista, el sabor, el olor... necesarios para vivir. Pero también es importante para comer y muchos científicos subrayan el papel del sistema masticatorio. Según su teoría, que de momento carece de pruebas rotundas, tenemos la cara que tenemos por el tamaño de los dientes y por los músculos que usamos para masticar.

Y sonreímos, guiñamos el ojo, fruncimos la nariz...

En efecto. Tenemos una cara terriblemente expresiva para dar información a otra gente, de forma que puedan leer nuestra mente. El alto significado social de la cara es un hecho incuestionable, pero los científicos siguen discutiendo sobre la importancia de este factor en su evolución.

¿Cómo imagina la cara humana en el futuro?

Ya hay un número cada vez más alto de personas que nacen sin las muelas del juicio, lo que contribuye a una continua reducción del tamaño de la cara. Es adaptativo, si comes comida blanda, con dos molares basta, el tercero desaparece. Por otro lado, no hay evidencias de que el cerebro esté creciendo. Por tanto, en el futuro probablemente haya una reducción en el tamaño de la cara. Además, ocurrirá tan solo en el mundo industrializado de alto estándar de vida; en el resto, donde todavía comen alimentos duros, no procesados, y usan los dientes y las mandíbulas como antes, no hay tales problemas y las caras no tienen por qué cambiar.

adaptado de www.abc.es

Tarea 3.

La escena tiene lugar en el centro de Madrid, aunque la habrán visto mil veces en otras ciudades. Abrigado con un gorro y una bufanda, un hombre joven reparte folletos publicitarios. Está de pie en la esquina, situado entre un paso de peatones y una boca de metro. Tiene la ropa mojada y se le ve cansado, todavía con un grueso fajo de papeles en la mano, que alarga uno a uno a los transeúntes que pasan cerca. Seguramente lleva ahí un largo rato, y aún debe de quedarle otro rato más, pues cuando te fijas, compruebas que, en la mochila que tiene abierta a los pies, hay más folletos como el que reparte.

Lo singular es la actitud de la gente. Los folletos no tienen nada de especial –son anuncios de una tienda de electrónica barata–, pero el personal los rechaza como si transmitieran el virus del ébola. Por cada transeúnte que acepta uno, hay una docena que pasa de largo como si no viera la mano extendida, o que niega con la cabeza, rechazándolo. La mayor parte camina vista al frente, sin hacer caso ni al folleto ni a la mano ni al que la extiende. Pocos son quienes actúan de modo natural: aceptan el folleto, dicen gracias –estos son todavía menos–, y lo guardan o lo depositan en la papelera más próxima. Que es lo normal. Lo esperable en estos casos.

Observando el episodio, me pregunto cuántos de esos transeúntes que en situaciones parecidas rechazan el folleto, o que pasan de largo sin mirar a quien lo ofrece, advierten la esencia del asunto, que nada tiene que ver con el folleto en sí. Cuántos caerán en la cuenta de que están ante un individuo, posiblemente en paro y disfrutando de un pequeño empleo precario y mal pagado, que gana con el reparto de folletos un mísero jornal que le permita hoy comer caliente. Que esa mínima incomodidad para quien pasa por su lado, lo inoportuno de la oferta del papelito, supone para quien lo ofrece justificar una dura jornada laboral en plena calle, frío en invierno y calor en verano, mirado con recelo por gente que lo evita, repartiendo folletos cuyo contenido, personalmente, le importa un comino; pues lo que en este momento más desea en el mundo es acabar de repartir el último folleto, decirle a sus empleadores que misión cumplida, cobrar su mezquino salario e irse a su casa.

Ocurre, concluyo mirando al hombre de la esquina, lo que con esos muchachos que te abordan en nombre de una oferta o para informarte de tal o cual oferta. A menudo, la gente pasa junto a esos chicos sin dirigirles siquiera una mirada, sin apenas una sonrisa y un “no, gracias”. Y son pocos los que se detienen un momento a escuchar. No siempre son oportunos, es cierto. No siempre está uno para charlas callejeras, pero la amabilidad y cortesía mínimas, la sonrisa de disculpa, suavizarían mucho cualquier negativa.

adaptado de www.perezreverte.com